

DK 27
P4



TIERRA NIHILISTA.

RECUERDOS DE RUSIA.

CAPITULO I.

De Berlín á Vilna.

—Mal tiempo es este, señor, para ir á visitar la Rusia—me dijo el Cónsul de México en Berlín, cuando le manifesté mi intención de recorrer las dos más interesantes ciudades de la vieja Rusia y la capital de la Polonia.

Dos días antes habían arrojado en San Petersburgo una bomba en la casa del primer ministro Stolypine, y tres días después los diarios Berlineses, publicaban la noticia del asesinato del General Minn en Moscow.

En Varsovia se habían sofocado algunas intentonas revolucionarias, y se hablaba como de cosa cierta de próximas huelgas proyectadas por los empleados

de todas las líneas ferrocarrileras del Imperio Moscovita.

Pero, ¿qué podíamos temer, Mr. Truan, Suizo soñador que me acompaña en el viaje que por varios lugares de Europa voy á emprender, más como amigo que como representante de la Agencia Lubin, de París, agencia para la cual me parecen pocos todos los elogios que pudiera hacerle, tales son la eficacia, el empeño y atención minuciosa que pone en todo para allanarles á sus clientes las dificultades de un largo viaje, y dejarlos complacidos; Herr Lemán, poliglota, *courrier de la cour* de Sus Majestades Guillermo y Nicolás, según asegura y quiero creerlo, y que conoce á las Rusias todas, palabras textuales, como si las llevara en el bolsillo; mi cuñado, que en vez de desvelarse pensando en cosas políticas, se adormece soñando con cupidos y se despierta viéndolos jugar alborozados entre las sonrosadas luces que aún tiene la alborada de su alegre juventud, y yo, infatigable buscador de cosas viejas y de leyendas de tiempos idos?

Así pues, con nuestros pasaportes en regla, con un certificado que el Cónsul de mi país me dió asegurando que éramos católicos fervientes, porque el que no se persigna no entra en Rusia, y en medio de la admiración general de los huéspedes, administrador y empleados del hotel, que no podían comprender que hubiese gente que fuera por placer á un lugar donde las bombas se cultivan en macetas, dejamos una noche la capital de la Prusia para ir á poner

el pié dos días más tarde, si Dios lo permitía, en las márgenes del Neva.

Era aquella la noche del día 1º de Septiembre; había presenciado en la mañana la gran revista que dos veces al año pasa el Kaiser Alemán á sus tropas; había, desde una tribuna levantada frente al extenso campo donde veinte y seis mil hombres se tendían en formación correcta, esperado largo tiempo, ansioso de ver de cerca la fisonomía del soberano más poderoso de la Europa, del que es político profundo, orador elocuente, poeta por voluntad, pintor mediocre, arquitecto muy malo, trabajador infatigable, vidente inspirado, impulsivo temible, que ha hecho de cada alemán un soldado y de cada soldado un hombre instruido y que hará de su país, si no le falta la vida, la nación más industriosa más viril y más intelectual del viejo continente.

Las maderas de la tribuna crujían bajo el peso de la multitud que se agitaba inquieta, evolucionaban las tropas que extendiéndose á lo lejos hasta perderse en el horizonte parecían, esfumadas por la niebla de la mañana, informe amontonamiento de negros y bajos nubarrones; á lo largo del camino la apiñada muchedumbre bullía con un ronroneo de colmena y el viento agitaba en los balcones de las casas distantes las vistosas y multicolores colgaduras.

De pronto se oyó como un murmullo lejano, que creció poco á poco hasta estallar resonante y poderoso en una aclamación unánime, las músicas de todos los regimientos prorrumpieron en épicas sonatas,

los soldados presentaron las armas, se reflejó el sol con chispazos vívidos en las enhiestas espadas y allá lejos, muy lejos, se vieron pasar, primero cuatro ó seis carruajes descubiertos y después un grupo de brillantes caballeros, recorriendo al paso de sus corceles el frente de las tropas.

¿Qué había sucedido? ¿Se nos había engañado? ¿No se nos había dicho que el Emperador, la Emperatriz y todo el cortejo real pasaría á unos cuantos metros de las tribunas? ¿Por qué, pues, se veía al Kaiser á tal distancia que solo se le podía reconocer por el gran penacho blanco, cadente sobre el bruñido acero de su casco?

Pronto supe el motivo. La víspera se había celebrado en Postdam el bautizo del hijo mayor del Kromprince, y todos los soberanos habían enviado á la ceremonia príncipes que rodearon al Emperador cuando éste tuvo en sus brazos al regio infante y cuando al día siguiente recorría, enmedio de hurras y marciales himnos, el frente de su ejército.

Entre aquellos príncipes se encontraba el Gran Duque Vladimiro, enviado por Nicolás II, y se temió que una bomba estallara si se pasaba muy cerca de la multitud, entre los cascos del caballo del huésped Moscovita.

Yo estaba verdaderamente contrariado. Esa misma noche saldría para Rusia y ya no tendría ocasión de conocer al Kaiser. ¡Haber perdido aquella oportunidad que debía ponerlo casi al alcance de mi mano! Ah! pero . . .

—Leman, Leman,—grité al guía,—Vámonos.

—¿Adónde, señor? Vea usted bien esto, porque esto no se ve siempre.

—Pero es que yo lo que quiero ver es algo más que esto; estos son los muñecos y yo quiero conocer al que los maneja.

—Eh?

—Que sí, que me busque un lugar desde el que pueda ver de cerca, muy de cerca, al Kaiser.

—Bueno—contestó el imponderable Leman y nos pusimos en marcha.

Leman es un hombre bajo, gordiflón, con las piernas cortas y el vientre abultado, con brazos pequeños terminados en manos regordetas, muy blancas y con uñas muy cuidadas, pero largas y corvas como las de un grifo, de gran cabeza redonda, pelada al rape y de entradas espaciosas, lo que hace que la estrecha línea de pelo que adorna su frente, semeje esa lengüeta de las tocas mongiles; ignoro si tiene nombre especial, y que se puede ver en los retratos de Sor Juana Inés de la Cruz; ojos azules, pequeños y vivísimos, boca chica, pero que cuando come hace desaparecer bocados inverosímiles; sobre el labio superior un bigote recortado á raz y tieso como un cepillo; es rubio y camina con pasos tan rápidos y cortos que imprimen á su cuerpo el balanceo de una boya cuando el mar está agitado.

Y no es mala la comparación, que Leman como las boyas señala al navegante el sitio donde debe echar el ancla en mar serena y segura, y así fué como dió

fondo en la ventana de un café de Friedrish Strasse desde donde podría yo con certeza ver á S. M. cuando después de terminar la gran parada regresara á su palacio.

También á lo largo de aquellas calles se apiñaba la gente; también allí los cuellos se estiraban hasta el grado de infundir temor de que las vértebras se desunieran á fuerza de distender los músculos, ahí también las manos estaban prontas á aplaudir y las bocas á gritar como en el campo de la parada.

De improviso, murmullos, agitación y hurras. En coche descubierto tirado por cuatro caballos y precedido de cuatro picadores que avanzaban al trote largo, pasó inclinando con gracia y bondad la blanca cabeza á uno y otro lado la Emperatriz Augusta. Los hombres agitando los sombreros, las mujeres haciendo flotar pañuelos blancos, y las niñas con una graciosa reverencia que simula el ademán de arrodillarse, saludaron á su soberana que pronto desapareció á lo lejos seguida de las damas de su corte.

Media hora más de espera y otra vez gritos, otra vez oscilaciones en la masa humana, otra vez músicas guerreras.

A la cabeza de un brillante cortejo formado de príncipes extranjeros y príncipes de la casa real Alemana, solo, aislado, rozando casi á la muchedumbre, al paso grave y reposado de un soberbio corcel de tan arqueado cuello que casi parecía tocar con el belfo el pretal, adelantaba saludando militarmente con el bastón de Feld Mariscal, el rey Guillermo.

Y entonces pasó algo curioso; dominando los gritos de los de abajo sonó en las alturas un grito agudo y sostenido.—Viva! Viva! Vivaaa! chillaba aquella garganta y al mismo tiempo, sobre mi cabeza, sentí desplegarse y oír crujir al viento un lienzo grande agitado por una mano que parecía atacada de convulsiones epilépticas.

El Emperador estaba á algunos pasos y los vivas redoblaban y el lienzo blanco parecía juguete del soplo formidable de un viento huracanado.

Quizás aquellas aclamaciones en una lengua extraña, quizás aquel enorme trapo blanco que no cesaba de ondular, ó la casualidad acaso, hicieron que el Emperador levantara la cabeza y fijara los ojos en el sitio donde yo estaba.

Todos los que allí se encontraban agitaron el sombrero, y él, con grave sonrisa, levantó la diestra, donde el corto bastón parecía un cetro, y la llevó hasta su frente.

Entonces pude verlo á mi sabor. Ninguno de los retratos que de él conozco me parece exacto. El aire de dureza que se ve en su fisonomía trasladada á las tarjetas fotográficas ó al lienzo, no existe en su rostro, y en la mirada profunda de sus ojos azules, hay algo más bien de triste que despótico.

Al volverme después de que el cortejo hubo pasado, me encontré con Leman sonriente, sudoroso, triunfante y que en su endiablado francés me dijo tendiéndome la mano.

—Ah, señor, he ganado un buen cigarro!

—Luego usted fué . . . ?

—El que gritó Viva! Viva! Sí, señor, y saludé con esta servilleta, y ya ve usted que conseguí que S. M. levantara la cabeza. Quería usted conocerlo bien y ya lo conoció.

¡Oh, Leman, el gran Leman! qué bien había ganado el puro habano que le dí.

El recuerdo de toda aquella pompa, de todo aquel entusiasmo, de toda aquella confianza aparente ó real, pero confianza al cabo, que demostraba tener en su pueblo el soberano Alemán, despertaban en mi cerebro ideas melancólicas mientras iba arrastrado por el tren, rumbo á la frontera del Imperio Moscovita.

Seguro estaba de que no vería á Nicolás como había visto á Guillermo, y pensaba, no sin cierta amargura, en los caprichosos destinos de los hombres.

Los dos igualmente jóvenes, igualmente animados por grandes concepciones, igualmente poderosos: pero el uno con un carácter de hierro, y el otro con un hierro, el de la debilidad, clavado en el carácter.

Los dos presentándose de cuerpo entero ante el mundo cuando ponían el pié en las gradas del trono; uno, Guillermo, bajando la diestra para aplastar bajo ella á un hombre, Bismark, que valía lo que un pueblo; el otro, Nicolás, alzándola al cielo desde su castillo de Petrovsky implorando la piedad divina para un pueblo que no valía lo que un hombre y que moría aplastado en los fosos que rodeaban el vasto campo de Khodynskié el día solemne de la coronación.

Pero el primero la alzó después armada con toda clase de armas para entrar en la liza, y el otro la bajó para depositarla entre las manos de la nobleza y el clero que se apresuraron á conservarla inerme.

La diestra de Guillermo hizo derramar lágrimas de sangre á un semidiós, y aquellas lágrimas fueron fecundas; la venganza del héroe fué obligar á ser grande á su verdugo: los torrentes de sangre que derramaron dos mil hombres al precipitarse tras una copa conmemorativa cuando el Czar fué coronado, esterilizó la tierra, pero clamó al cielo, y el cielo oyó, y está respondiendo ya!

¡También el estiércol fecundiza; también sabe vengarse noblemente!

Pasó aquella noche de viaje y un día triste y lluvioso substituyó á las sombras.

Al medio día dejábamos la tierra Prusiana para entrar en el territorio Ruso.

Media hora después, la locomotora, resoplando como si estuviera cansada de tan larga carrera se detenía haciendo que todos los viajeros se asomaran á las ventanillas de los trenes. Estábamos en Vilna.

CAPITULO II.

De Vilna á Petersburgo.

—Todos se bajan!

Y todos nos bajamos.

Leman había adquirido una gran importancia á nuestros ojos.

Lo habíamos oído hablar en ruso con los mozos que llevaban á la aduana nuestras maletas!

Siguiendo al uno y á los otros nos encaminamos al salón del registro.

¡Oh, poderoso Dios, qué maremagnum! Aquello no era la entrada de una aduana, aquello era el portal de una casa de orates.

Todos gritaban, gesticulaban, cambiaban de sitio como impulsados por un resorte y giraban sobre sí mismos como trompos.

Y consistía en que el afán de todos era llegar hasta los mostradores que rodean la vasta sala para colocar en buen sitio su equipaje, y como á la entrada un empleado militar recogía los pasaportes y cada uno quería entregarlo de prisa para poder penetrar de los primeros, todos se volvían locos buscando en el bolsillo el "*sésamo, ábrete,*" no perdiendo de vista al mozo de cordel, defendiendo la cartera y el reloj, de los rateros, y pidiendo excusas al que se le aplastaba un pié en medio del tumulto, y se ponía más ro-

jo que un cangrejo, aplastando á su vez las extremidades inferiores que bajo el tacón de su zapato llegaban á caer por su desgracia.

Y así, estrujados, comprimidos, sudorosos, sin aliento, entramos al fin en aquel *Sancta-Sanctorum* tan temido y tan deseado.

Las maletas fueron colocadas á lo largo de los mostradores, y empezó el ejercicio de la paciencia para todos los fieles cristianos que allí estábamos..... y para los judíos, porque también los había.

En el fondo de la sala se veía un altar con una imagen, porque en todas las oficinas civiles, militares y administrativas de Rusia, hay altares, y frente á la imagen, con el casquete metido hasta los ojos y las manos hundidas en los bolsillos ó cruzadas atrás de la cintura, un enjambre de empleados iba y venía clavando en nosotros sus inquisitivas miradas.

Leman saltó al mostrador.

Uno de los empleados corrió hacia él con los brazos abiertos para evitarle la entrada, pero Leman á su vez abrió los suyos y cayó en los del aduanero abrazándolo con la misma efusión y ternura con que hubiera abrazado á un hermano.

El Ruso procurando desasirse y el Alemán sin querer soltarse, fueron dando traspiés y estrechamente unidos hasta el centro del salón.

Leman con su voz chillona empezó á hablar tanto y tan alto que al fin se hizo oír de un jorobadillo que cerca del altar escribía, tan inclinado sobre el papel,

que podía asegurarse que con la nariz borraba lo que con la pluma escribía.

Sacó de entre el corvo espinazo la cabeza, como saca la suya el caracol de su concha y fijando en nuestro guía los ojos,—¡Ah, Leman!—exclamó alegremente, y se dirigió hacia él.

Hablaron algún tiempo; luego, dirigiéndose al sitio donde hacíamos guardia frente á nuestras maletas y deteniéndose ante ellas, ratificaron el número de bultos y sobre cada uno de ellos, sin abrirlos, puso el aduanero una señal.

¡Uf! estábamos despachados!

Frente al altar, en el muro opuesto á él, abriase una puerta por la que se escapaba un olor apetitoso de manjares recién cocinados y el ruido de platos, copas y cubiertos, peculiar de las fondas, que tan armoniosamente suena en los oídos de los que tienen hambre.

A la puerta bendita nos dirigimos todos; pero al ir á cruzarla, un soldado que ante ella hacía centinela, tendió frente á nosotros el arma.

—Los pasaportes—debió decir—ó no se pasa.

Buena era esa! Nuestros pasaportes, como los de los demás, formaban un revuelto montón en una mesa ante la cual el encargado de revisarlos conversaba tranquilamente con dos ó tres de sus laboriosos compañeros.

Y nueva campaña de Leman.

Volvió hacia el jorobadillo, el jorobadillo habló con un gigante, el gigante con un hombre de esta-

tura regular y el hombre de estatura regular con el soldado.

El soldado hizo al decir que no, seña de que le cortarían el pescuezo si nos dejaba pasar, deslizando con fuerza el dedo índice, sucio, ennegrecido y tieso como el mango de un látigo de carretero, sobre la piel de su cuello.

El hombre de estatura regular se volvió hacia el gigante y habló con él, el gigante habló con el jorobado, éste con Leman y Leman y el jorobado se dirigieron valientemente hacia el revisor de pasaportes.

Algo se dijeron de muy interesante porque la conversación duró un cuarto de hora; por fin el revisor clavó en nosotros sus miradas furibundas, como si le enojara que hubiéramos pedido lo que era nuestro, y después de otro cuarto de hora de manoseo de papeles, los pasaportes nos fueron devueltos.

Ay! pero no todos! El de Truan no parecía.

Por fin, después de un noble empeño por su parte de que sin esperarlo fuéramos á comer, y de una no menos noble y generosa resistencia por la nuestra, cedimos, dejando á Truan en manos del bondadoso jorobado, que nos ofreció ayudarlo en la busca del precioso documento.

Media hora después se nos unía Truan en el comedor, enjugándose la frente y medio muerto de hambre.

En las fondas de los ferrocarriles Rusos no sirven criados al cliente, sino que el cliente se sirve á sí mismo.

En un enorme mostrador hay toda clase de platos al alcance del público y el público toma los que le gustan y va á sentarse á comerlos donde puede.

Cogimos, pues, cada uno lo que mejor nos pareció y por asalto tomamos una mesa que otros más felices acababan de desocupar.

Entonces, sin saber de dónde, como á la evocación de un conjuro, surgió el mozo preguntándonos qué deseábamos beber.

El mismo mozo nos cobró la cuenta, de modo que las funciones complicadas de esos dichosos sirvientes de restaurant, se reducen á colocar sobre una mesa unas cuantas botellas, á llevar á la caja del patrón el producto de lo consumido y á recoger su propina.

Cinco minutos faltarían para que la última señal de partida sonara cuando entramos al andén y después al coche dormitorio que según nos dijeron era el nuestro.

Leman abría la marcha con el billete que indicaba nuestros departamentos, en la mano.

Al llegar á ellos los encontramos ocupados.

*
* *
*

Pregunta al conductor y envió al otro wagón.

En ese otro wagón la misma historia, y así en todos.

En suma, que el tren iba á partir y que nosotros no teníamos no digo ya donde dormir, pero ni siquiera lugar en donde sentarnos.

Leman rojo como una remolacha, con los ojos azules fuera de las órbitas, gritaba en ruso como un endemoniado y ponía, probablemente como chupa de dómine, al conductor del tren y á todos los empleados.

Apeóse sin dejar de gritar y se dirigió al despacho del jefe de estación.

El tenía los pasaportes y los boletos, y temimos que el tren partiera de un momento á otro, y nos llevara dejando en tierra á nuestro guía.

La perspectiva no era agradable; en Rusia no se puede viajar sin pasaporte y en ninguna parte del mundo se viaja sin boleto; además no conocíamos ni una letra de la harmoniosa lengua eslava y estábamos expuestos: primero, á ser vergonzosamente arrojados del tren; segundo, á ser detenidos por la policía como sospechosos, y tercero, á permanecer mudos ante todas las preguntas que se nos dirigieran.

Así pues, también descendimos al andén cuando todo el mundo subía al convoy.

Pudimos ver á lo lejos á nuestro guía y al conductor en medio de un grupo de personas entre las cuales estaba el jorobado; vimos después que aquel grupo se dirigía á nosotros y el tren empezó á moverse lentamente.

—Suban ustedes! suban ustedes!—nos gritó Leman y apresuradamente subimos.

—¡Suba usted también!—le grité á mi vez cuando el coche en que íbamos pasó frente al grupo en que él estaba.

Con gran asombro mío, todos, inclusive él, se quitaron con respeto las gorras ó saludaron militarmente.

Se me olvidaba advertir que en Rusia como en Alemania, todos los empleados de ferrocarriles son militares y visten uniforme.

—Pero, con mil diablos! ¿subirá usted?—volví á decirle sin preocuparme ya del saludo, que por otra parte nunca creí fuera dirigido á mí sino á alguno que á mis espaldas estuviera, al ver que el tren seguía su marcha y que Leman no subía.

Al fin lo ví trepar á uno de los últimos coches, seguido del conductor que, humildemente, lo dejó pasar primero.

Por fortuna, los trenes rusos caminan muy despacio y más despacio se deslizan al salir de las estaciones.

Pocos minutos después el guía se unió á nosotros y nos suplicó que lo siguiéramos.

Recorrimos dos coches, y en el tercero, en cómodos departamentos, el conductor y el encargado de preparar los lechos colocaban nuestras maletas.

Cuando me presenté, aquellos hombres hicieron mil reverencias y por conducto de Leman me preguntaron á qué hora deseaba tomar el thé.

Leman sonreía socarronamente.

Una vez instalados y seguros en consecuencia de que la noche se pasaría no del todo mal, encendimos los cigarros y el guía haciendo sonar la campanilla dijo algo al mozo, que se inclinó y salió.

Pocos momentos después entró de nuevo y preguntó en ruso no sé qué, clavando en mí los ojos.

—¿Qué quiere este hombre, Leman?

—Pregunta—dijo gravemente Leman, si su Alteza tomará el thé con limón.

—Su Alteza? quién es Su Alteza?

—Usted, señor.

—Cómo yo?

—Sí señor, usted.

—Pues bien, dígame que mi Alteza tomará el thé con limón.

Cuando salió el criado, le pedí explicaciones al guía,

—Es señor, me dijo, que nuestros boletos para el coche dormitorio habían sido vendidos dos veces, y para conseguir que nos prefirieran á nosotros, le dije al jefe de estación enseñándole el pasaporte de usted, que es un diputado Mexicano, que viene con una misión especial á la corte, que Truan es su secretario y yo el courier de Su Majestad encargado de conducirlos á ustedes hasta San Petersburgo.

—¿Pero cómo creyó eso el buen hombre?

—Porque mi amigo el jorobado sabe el francés, y como en el pasaporte de usted dice «*Diputado*» y esa palabra en español se parece á la misma palabra en francés, mi amigo le aseguró al jefe de estación que era cierto lo que yo decía y ahí tiene usted á mi hombre deshaciéndose en excusas y ordenando que cuanto antes se arreglara el departamento á Su Alteza. Si hubiera yo querido nos ponen coche especial.

—¡Dios nos libre!— contesté.—¿Pero eso de Alteza?

—Es que esta gente no puede comprender que se vaya con alguna misión á alguna parte sin ser príncipe ó cosa así.

—Bien, bien, consiento en ser *alteza* hasta mañana, pero cuidado después con atribuirme cargos que no tengo.

—Ah! señor, no hay cuidado, yo conozco á mis rusos!

Seguía el tren su marcha cruzando interminables llanuras tristes y desoladas. .

La mayor parte de las tierras están sin cultivar, y sólo de cuando en cuando se veía destacarse sobre el verde de la planicie, la roja enagüilla ó la chaqueta azul de alguna campesina.

No hay en los horizontes rusos, como tampoco las hay en los prusianos, montañas que corten el azul del cielo, pero en los campos de Prusia, al menos se ven diseminados por todas partes molinos de viento y apiñados caseríos en terrenos de labor, en tanto que en las llanuras rusas, sólo la hierba salvaje se nutre con el jugo de la tierra.

La noche, fría, húmeda y triste se iba extendiendo sobre el campo y una semi obscuridad llena de melancolía nos rodeaba. La soledad, la devastación, el abandono del país, pesaban sobre nuestros espíritus y sentimos el malestar que se siente á esa misma hora, cuando nos ha sorprendido en un cementerio.

En vano busqué el botón de la luz eléctrica para

ahuyentar con la claridad nuestra trizteza. Ni botón, ni lámparas incandescentes ni cosa que lo valiera había en aquel coche.

Solo después de transcurrir un rato y cuando ya en plenas tinieblas había Leman, en un raptó de entusiasmo elocuente, casi saltado un ojo á Truan con una de sus corvas uñas, al hacer un ademán enérgico tratando de no sé qué, apareció el mozo del wagon llevando en la mano . . . ¡una vela!

Así hace alumbrar Su Majestad Imperial el Tzar de todas las Rusias, los coches dormitorios de sus trenes.

CAPITULO III.

San Petersburgo.

Las nueve y minutos de la mañana, eran, cuando transidos de frío á pesar de nuestros gruesos abrigos y de tres ó cuatro vasos de thé bien caliente que al amor del samovar mismo habíamos tomado, llegamos al fin á la ciudad de Pedro el Grande.

El «*courrier de la cour*» entró de lleno en funciones.

—Siganme ustedes, no hay cuidado de nada, estoy en mis terrenos, esta es mi casa—y empezó á entenderse en ese idioma que parece formado de ladridos quejumbrosos y dulces gruñidos de faldero mimado, con los melenudos mozos de cordel que por asalto se apoderaron de nuestras maletas.

El tiempo estaba frío, nublado y caía una lluvia menuda que hacía penetrar su humedad destemplada hasta los huesos.

Yo tenía esperanza de encontrar un carruaje cerrado que nos llevara al hotel, y con ese pensamiento consolador eché á andar detrás del guía.

Salimos á la plazoleta de la estación y ¡adiós mis ilusiones! Carruajes! sí, los había, si así pueden llamarse los instrumentos rodantes de tortura que se usan para ir de un lado á otro en la Rusia,

Imagínate, lector, un cochecillo abierto, tan angosto, que cuando van en él dos personas de mediana talla, tienen que sentarse dándose ó bien espalda con espalda ó bien nariz con nariz, porque sólo de medio lado se cabe. En el primer caso, tienen los que así se colocan el inconveniente de ir con las rodillas fuera del vehículo, y además el de tener que hablar á grito herido si acaso alguno de ellos quiere decirle algo á su compañero de tribulación. Cuando tal sucede, es decir, cuando hablan, no parece que hablan entre sí, sino que van discutiendo acaloradamente con los transeuntes.

En el segundo caso, el mal es mayor, porque como en San Petersburgo lo mismo que en Moscow, la mayor parte de las calles no tienen ni adoquines ni asfalto sino que están pavimentadas con guijarros agudos y desiguales, y como los coches no van de prisa sino á escape, son tantas y tales las sacudidas tremebundas que imprimen al continente y al contenido los bruscos cambios de dirección del armatoste, que puede uno de los viajeros quedarse lindamente con el apéndice nasal del otro entre los dientes.

Puestos en tal disyuntiva, es decir, la de parecer locos ó mordernos, optamos por un término medio, por un «*modus rodante*,» y fué este el de acomodarnos en el exiguo asiento apoyando en él solamente la rabadilla, echarnos fraternalmente los brazos al cuello para mejor oprimirnos el uno contra el otro, y

así poder sostenernos más fácilmente cuando perdiéramos nuestro inestable equilibrio.

Resuelta la dificultad del mejor modo posible, pude contemplar á mi sabor al cochero.

¡Virgen de las Alcobendas! aquello no era un hombre, aquello era un monstruo, aquello era una pesadilla.

Los cocheros en Rusia no se visten, se empacan.

Usan unos abrigos que les llegan hasta los pies y que están rellenos de lana como un colchón. No se abotonan ese abrigo sino que se lo enrollan al cuerpo de tal modo, que el cruzamiento empieza en el cuello por el lado derecho y acaba en los tobillos por el izquierdo.

Tan gruesa es la envoltura que tal parece que á aquellos hombres los han inflado con un fuelle y que de un momento á otro van á reventar.

Ahora bien, las varas de los coches rusos no parten del balancín; este no existe; sino de las bocinas de las ruedas delanteras, de modo que suben las extremidades de las tales varas hasta las narices del caballo; están unidas además esas extremidades con un medio círculo de madera que va de la una á la otra y del cual penden unas correas que se unen á los collares de las guarniciones, y otras que mantienen erguida la cabeza del animal de tal modo, que éste parece suspendido de aquella especie de horca caprichosa y singular.



TIPOS RUSOS.

Los pescantes son bajos y se encuentran justamente á la altura precisa para que la cabeza del caballo quede colocada frente á frente de la del cochero y le impida á este ver lo que haya adelante del rocín.

Así pues, cuando uno pone el pie en el coche, lo hace con un invencible castañeteo de dientes, aterrorizado ante la idea de lo que le podrá sobrevenir. Se puede decir que no se va en las manos del cochero sino en las patas del animal.

Me maravillaba el ver cómo se podían mantener los automedontes en su asiento, obligados como están á inclinarse ya de un lado ya del otro para observar su camino, y me maravillaba tanto más, cuanto que las hopalandas de que he hablado les dan á su parte posterior la forma de un casquete esférico, y yo hasta entonces solo en los circos había visto hombres que conservaran el equilibrio sobre un aparato semejante.

Surgiendo de la inverosímil envoltura, se yergue la cabeza. Se diría que es la de una tortuga saliendo de la concha, así se ve de pequeña sobre aquel enorme cuerpo.

Es digno remate de una selva enmarañada de cabellos, el sombrero que usan los cocheros moscovitas. Jamás me había imaginado cosa igual, ni nunca había visto forma semejante en estampas ni en museos. Es un sombrero que mide de alto la mitad poco más ó menos de lo que alcanza un sombrero de seda común; la copa en su parte superior es muy ancha y disminuye de diámetro gradualmente hasta unirse á las alas pequeñísimas, muy arriscadas á los lados y muy caídas por la parte de atrás y la de adelante; la hebilla de acero bruñido, no queda á la izquierda del sombrero sino al frente.

—Si le parece á usted —me dijo Lemán, cuando después de tomar un baño salimos del hotel,— iremos á ver las cocheras reales.

—Con mucho gusto, pero antes vamos á una sombrerería.

—¿Va usted á comprar?

—Sí, señor, un sombrero de cochero.

Mi hombre se me quedó viendo como si creyera que me había vuelto loco.

—¡Un sombrero de cochero!

Creó tal vez que lo quería para mi uso particular.

Rublo y medio me costó el divino sombrero que, en París, cuidadosamente empacado, espera mi regreso para cruzar conmigo el Atlántico é ir á ocupar un

lugar preferente entre las curiosidades que guardo en mi casa.

Cumplido aquel antojo nos dirigimos á las cocheras del emperador.

La carroza en que la Cenicienta fué conducida al altar por aquel gallardo príncipe que se enamoró, como yo me hubiera enamorado, del escarpín de cristal que había servido de cárcel al pié más adorable de su reino; las carrozas todas de los cuentos de hadas y las carrozas todas de que en historias y novelas se haya hablado, no se pueden comparar en riqueza, en esplendor ni en buen gusto á las de la corte rusa.

Los brillantes, las perlas, las esmeraldas, los zafiros, los rubies, las turquesas y los topacios constelan aquellos innumerables, soberbios vehículos, que encierran de tarde en cuando el pasajero y efímero poder de un hombre y la vanidad mundana de una corte.

Aquellas piedras preciosas no adornan solamente el interior de grana de los coches, se ven en las portezuelas, en las llaves, en la parte posterior, en el pescante y en las bocinas de las ruedas.

Algunos hay que ostentan pinturas de Wateu que valen un tesoro.

Las guarniciones de los caballos están también cuajadas de pedrería.

Cuando en las grandes festividades, en medio de una compacta muchedumbre pasen esas espléndidas carrozas por las calles empavesadas con vistosas col-

gaduras, cuando heridas por los rayos del sol chispeén aquellas piedras preciosas y aquellas bordados de oro que representan tantos millones de rublos y tantas tortas de pan para los pobres ¿qué ideas surgirán en los que van sentados en los muelles cogines y que acaso tienen el cerebro vacío, y cuáles, en los que desde el arroyo los ven pasar, y cuyo estómago tal vez jamás ha estado lleno?

¡Y cuando se piensa que tantas riquezas han sido extraídas de las entrañas de la roca por infelices sentenciados á trabajar en las minas de la Siberia, no por homicidios horrendos, no por crímenes espeluznantes, sino porque sus ideas políticas no son las mismas que las de los hombres del Gobierno; cuando se medita que entre aquellos á quienes deslumbran los reflejos de la pedrería hay esposas, hay hijos, hay padres de los que gimiendo bajo el knout han arrancado del corazón de las peñas tesoros para sus verdugos, mientras esos padres, esos hijos y esas esposas se mueren de hambre: no es posible dejar de oprimir los puños hasta clavarse las uñas en la carne, ni dejar de levantar la vista al cielo para buscar con la mirada turbia por lágrimas de indignación y de tristeza, en donde está el lugar donde se esconde el Dios de la Justicia que así permanece mudo y sordo y ciego, sin hacer tronar sobre la erguida cerviz de los culpados los rayos vengadores de su voluntad divina!

Entre tanta grandeza dos carruajes me impresionaron más hondamente; uno deforme, humilde, con

pequeños cuadrados de mica, sujetos por varillas de plomo, en lugar de cristales.

Manos imperiales, pero encallecidas por el trabajo, lo construyeron. Pedro el Grande lo hizo.

Dos gigantescas figuras llenan la historia de la Rusia: Iván el Terrible y Pedro el Grande.

Ya tropezaremos con la sombra imponente y siniestra del primero, cuando veamos desde la Plaza Roja de Moscow levantarse ante nuestras miradas los muros carcomidos del Kremlin; ya encontraremos la colosal silueta del segundo, cuando en el Jardín de Estío de San Petersburgo, visitemos el humilde palacio que habitó el más extravagante y progresista de los Tzares.

A un lado del coche que éste construyó está el que una bomba hizo pedazos la mañana del 13 de Marzo de 1881: Alejandro II iba en él.

La parte posterior del carruaje está completamente hecha astillas. El asiento fuera de su sitio hace pensar en el sacudimiento terrible que debió experimentar el Emperador en el momento en que la explosión se produjo, y no puede uno explicarse cómo no fué muerto dentro del vehículo.

Si hubiera permanecido dentro de él, quizás se hubiese salvado; pero el destino de los hombres es ineludible.

En un arranque de generosidad, de los que muchos tuvo, saltó fuera del coche y se dirigió precipitadamente al sitio en que uno de los cosacos de su escolta yacía mal herido.

En el momento en que se inclinaba hacia él, una segunda bomba estalló á su lado, destrozándole las piernas.

Aún tuvo fuerzas para arrastrarse hasta una de las columnas del puente pronunciando palabras incoherentes.

Cuando se le colocó en el trineo del jefe de la policía que acudió al sitio de la catástrofe, para conducirlo al Palacio de Invierno, murmuró con voz clara:

—¡Tengo frío!

Era natural. La muerte estaba á su lado y posaba sus labios en la frente ungida del monarca.

El trineo se ve junto al carruaje; el asiento de terciopelo está jaspeado con manchas negruscas. Es la sangre del Tzar.

Leman, íntimo amigo del guardián que nos acompañaba, me preguntó si querría yo una astilla del carruaje.

A mi afirmativa respuesta, aquel hombre tomó de la parte destruida dos pedazos, y nos ofreció uno á mi cuñado y otro á mí.

Tres rublos le dimos de gratificación. Es decir, mi astilla histórica me costó rublo y medio, lo mismo que el sombrero de cochero. ¡Cosas del mundo!

CAPITULO IV.

El Palacio de Invierno.

Después de ver el coche y el trineo, quise ver la cama en que Alejandro II expiró.

El lugar mismo en que el espléndido Palacio de Invierno se levanta, fué ocupado hace dos siglos por una casa de madera que habitó un gran almirante de la armada de Pedro el Grande, Apraxine.

Apraxine era tan marino como puede serlo un pescador. Sin embargo, el éxito coronaba sus empresas.

Siete años duró en auge el Almirantazgo.

Cierta ocasión, á consecuencia de una señal mal interpretada, un navío se fué á pique.

Apraxine puso el grito en el cielo.

Cruys, un noruego, empleado en las oficinas del Almirantazgo, era el culpable.

Se formó un Consejo de Guerra presidido por el Gran Almirante, y el noruego fué sentenciado á muerte.

Ay! el verdadero sentenciado fué Apraxine.

Cruys fué indultado por Pedro.

Apraxine no volvió á hacer nada que le resultara bien y el Almirantazgo anduvo como si estuviera atacado de ataxia locomotriz, es decir, á reculones.

Apraxine debía sus éxitos, no á su ciencia ni á su pericia, sino á Cruys.